

VALERIO EL ROMANO RESUCITADO

(Mary Shelley): Una mañana de septiembre antes del mediodía, dos peregrinos desembarcaron en la pequeña bahía que formaba el punto extremo del cabo Miseno con el promontorio de Bauli. El intenso y sereno azul del cielo reflejaba en el mar su profundidad con una tonalidad más oscura. Las transparentes aguas dejaban entrever las coloridas algas que invadían las ruinas de los palacios romanos, ahora sumergidos. Un sol intenso sofocaba el día, obligando a los extranjeros a buscar una sombra donde guarecerse hasta el atardecer. Así, caminaron hasta los campos elíseos entre álamos y moreras festoneadas con vides que ofrecían maduros y sabrosos racimos; para finalmente sentarse a la sombra de las tumbas aledañas al Mare Morto.

Uno de ellos era inglés, con modales que denotaban nobleza, dignidad y una frescura propias de una posición encumbrada. Su compañero, de imponentes y serenas facciones de linaje romano, exhibía cierto anacronismo; pues su estampa evocaba la imagen viva de Marco Aurelio en la plaza del Capitolio de Roma; salvo por su atuendo corriente que lucía inadecuado para él y que delataba cierta incomodidad o falta de costumbre en su uso.

Tan pronto como se hubieron sentado, el romano dijo:

“-He prometido confesarte, amigo mío, cuáles fueron mis sentimientos al regresar después de siglos y ver de nuevo bajo la luz del sol, las ruinas de lo que otrora fue. No podría haber escogido mejor lugar para este momento. En este espacio sagrado para nuestra antigua y venerable religión, que mejor representa lo que contaban los oráculos y que los adivinos recibían desde los sitios de los felices después de la muerte. Son las tumbas de los romanos, hoy profanadas por la sacrílega mano del hombre aunque todavía conserven su nombre de Campos Elíseos. El Averno se encuentra a breve distancia de nosotros y este mar que percibimos es el inmutable y azul mediterráneo, mientras todo lo demás luce la marca de la esclavitud y la degradación...”

“Perdóname... tú eres inglés y dicen que sois libres en vuestra patria... país desconocido en mis tiempos; pero los desgraciados italianos que usurpan la tierra una vez hollada por héroes, me llenan de amargo desdén. ¿Se atreven a usurpar el nombre de romanos... se atreven a imaginar que descienden de los Señores y Gobernantes del Mundo? ¿Olvidan que, cuando cayó la República, las antiguas estirpes romanas se fueron extinguiendo y estos impostores se apropiaron del nombre, pero no eran ni son romanos...?”

“...Mi tiempo fue el de Cicerón y Catón. Habiendo sido un caballero, mi posición no era ni la más encumbrada ni la más baja de Roma. No viví para ver a mi país esclavizado por César; que en aquella época sólo se distinguía por la corrupción de sus maneras.”

“He muerto casi a los cuarenta y cinco años defendiendo a mi patria contra Catilina, cuando, los hombres de honor lamentábamos amargamente el declive moral de Roma... Mario y Sila ya nos habían enseñado algunas de las miserias de la tiranía, mientras el Senado se comportaba como una asamblea de semidioses. Pero ¿Qué hombres vivían entonces? La república se levantó gloriosamente como el sol de un brillante día verano. ¿Cómo podía yo desesperar de mi tierra mientras hombres sabios y virtuosos como Cicerón, Catón, Lúculo y muchos, que eran mis amigos más queridos e íntimos, todavía existían?...”

“No necesito atribularte narrándote mi vida personal... en los tiempos modernos, las circunstancias domésticas parecen ser la parte más valiosa y la que más interesa de la vida de un hombre. Por el contrario, en Roma, la historia de un hombre era la de su Patria. Vivíamos en el Foro y en la Casa del Senado. Mi familia había sufrido por las guerras civiles: mí padre fue asesinado por Mario; y mi tío, que cuidó de mí durante mi infancia, fue proscrito por Sila y luego asesinado por sus emisarios. Mi fortuna se vio considerablemente disminuida por estas desgracias domésticas; pero vivía con frugalidad y ocupé con honor algunos de los puestos más altos de Estado... en una ocasión fui Cónsul.”

“...Tampoco relataré ahora lo que tanto te interesa... todo lo que pueda saber sobre aquellos grandes hombres de cuyos actos tienes un conocimiento tan íntimo, incluso a esta distancia temporal. Estas cuestiones han formado y formarán temas de conversación durante el tiempo que permanezcamos juntos, pero ahora, he prometido contarte qué vi y sentí cuando retorné a esta decadente Italia... habiendo cumplido tres años desde mi regreso...”

“Mil emociones me embargaron cuando me acercaba a Roma. No quise ver nada ni hablar con nadie, quedándome en silencio en el rincón del carruaje. Encerrado en mis pensamientos ignoré a mi acompañante y me aferré con obstinación a la memoria de mi Patria, como una madre lo hace con el recuerdo de su hijo perdido. Desconfié de todo lo que había escuchado, de todo lo que aquellos sacerdotes me habían contado. Pensaba que era víctima de una conspiración en mi contra. Ni siquiera quise hablar con las personas que cruzamos en el camino; pues temía que, al escuchar su dialecto alterado, se derrumbara mi última esperanza. No quería visitar ningún paraje, la ciudad eterna tenía que sobrevivir en toda su gloria pues era inmortal. Pero, si pese a todo estuviera muerta; permanecería en silencio hasta que, en las ruinas de su Foro, expresara mi último lamento y despertara a los muertos para que escucharan: ‘Cicerón, Catón, Pompeyo, si de verdad estáis muertos, si ya no quedan vuestros rastros en los caminos, pero aún vuestras almas merodean en el Foro... despertad, levantaos... ¡Dadme la Bienvenida!’...”

“...En vano el sacerdote intentó sacarme de mi ensoñación. Mi semblante reflejaba dolor, mas lo ignoré. Al final me dijo: -¡Mirad, el Tíber! ¡Hermoso río! Todavía y siempre, empuja sus eternas aguas. Su nombre actuó como un hechizo.”

“Mis lágrimas humedecieron mi rostro. Bajé del carruaje, me acerqué a la orilla y arrodillándome, le ofrecí los sagrados nombres de Júpiter y Pallas; juramentos que hicieron temblar mis labios y nublar mis ojos: ‘¡Oh, Júpiter, Júpiter del Capitolio, tú que

has contemplado tantos triunfos, que tu Templo exista todavía y que las víctimas aún sean conducidas a tus altares! Minerva, protege a tu Roma'. Cuando ofrendaba mi agónica plegaria, el destino de mi Patria aún parecía no estar decidido... la espada seguía suspendida. No podía creer que todo lo que es grande y bueno se hubiera marchado."

"No pudo mi acompañante arrancarme de las riberas del sagrado río, pues quedé sentado e inmóvil junto a él. Mis ojos ignoraron el paisaje circundante que ya no era el mismo, pero quedaron fijos en las aguas y en el azul brillante del cielo. '¡Al menos, esto no ha cambiado, son los mismos... siempre, siempre iguales!'; fueron las únicas palabras que musité, cuando la caída de mi Patria bajo la feroz agonía del fuego se agolpaba en mi recuerdo. El sacerdote intentó serenarme... y yo guardé silencio. Al final, la fuerza de la pasión me conquistó y después de muchas horas de ofuscada contienda dejé que me condujeran al carruaje y, cerrando las cortinas, me abandoné a la meditación cuya amargura sólo se vio eclipsada por mi pérdida de fuerzas."

"Era de noche cuando entramos en Roma. 'Mañana, visitaremos el Foro', dijo mi acompañante y yo asentí. No deseaba que viniera conmigo, por lo que me retiré temprano sin confesar cuáles eran mis verdaderas intenciones."

"Pero tan pronto me sentí libre, requerí la presencia de un guía y fui rápidamente a visitar el escenario de toda la grandeza humana. La luna proyectaba una brillante luz sobre Roma... si puedo llamar a eso Roma, que en nada se asemeja a la Reina de Naciones tal como yo la recordaba. Pasamos delante del Corso y varios obeliscos magníficos parecían indicarme que la gloria de mi país no se había desvanecido. Pero cuando me detuve junto a la Columna de Antonino que se hundía profunda en la tierra; al verla rodeada por los restos de cuarenta columnas se proyectó en mi mente la noción de la decadencia. Mi corazón palpitaba con temor e indignación mientras me acercaba al Foro por caminos desconocidos para mí. Y el hechizo se quebró del todo al contemplar más columnas rotas y los templos en ruinas del Campo Vaccino... oprobioso nombre con el que ahora se designa al Foro Romano. Miré los alrededores, pero no quedaba nada como antes, sólo ruinas de templos construidos después de mi tiempo. El Coliseo me era desconocido y parecía como si el estado alterado de esas magníficas ruinas apagara de súbito la enardecida indignación que antes había poseído mi corazón. Jamás me había atrevido a imaginar al Foro Romano tan degradado y envilecido; sin embargo en mi mente flotaba aquella vaga imagen de columnas derruidas, idénticas a las que recordaba entre las esculturas caídas de dioses abandonados a la descomposición, donde en el pasado los había adorado. Pero todo había cambiado, incluso las columnas que quedaban del templo erigido por Camilo habían perdido su identidad, rodeadas por nuevos candidatos a la inmortalidad. Con calma miré a mi guía y le pregunté:..."

"-Éstas son las ruinas del Foro Romano, pero ¿Qué es ese edificio inmenso que veo en el extremo de la avenida de árboles, cuya sombra bajo la luz de la luna parece hablar de algo magnífico y maravilloso?

-Es el Coliseo.

-¿Y qué es el Coliseo?

-¿No lo sabes? Es el afamado Circo construido por Vespasiano, emperador de Roma.

-¿Fue emperador de Roma? Bien... visitémoslo. Ingresamos al Coliseo, noble reliquia de grandeza imperial..., imperial es cierto, pero romana. Esta descomunal construcción hizo renacer en mí el entusiasmo que las destruidas columnas del Foro habían extinguido. La luna brillaba a través de sus arcos quebrados y proyectaba su añeja gloria en los muros derruidos, coronados con arbustos y zarzas. Al observar todo ello, un temor reverencial se apoderó de mí. Habiendo abandonado el Campo Vaccino, sentí la presencia de mis nobles compatriotas. El sello de la Eternidad impregnaba ese edificio, mientras mi corazón angustiado se esforzaba por latir. No pronuncié ni una palabra.”

“-¡Ay... la imagen de mi Roma caída, despedazada y degradada por la odiosa superstición! Pero invocando amor y honor y despertando aún en la imaginación de los hombres todo aquello que purifica y ennoblece la mente. El Coliseo es el emblema de Roma. Sus arcos, sus mármoles y su noble aspecto inspiran un miedo sagrado que es afín a la adoración..., maravilloso, inexpresablemente hermoso. Todo habla de su grandeza: sus muros derruidos, sus contrafuertes cubiertos de arbustos y más que nada; las insultantes imágenes con las que evoca su caída.”

“Despedí a mi guía. No deseaba alejarme del Coliseo y lo hubiera elegido como mi morada durante mi segunda estancia en la tierra. Tanto me atraía que visité todos sus rincones. Desde lo alto divisé a Roma durmiendo bajo los fríos reflejos de la luna, la cúpula de San Pedro y varias otras cúpulas y capiteles que formaban una segunda ciudad, las estancias de los dioses por sobre las casas de los hombres; el arco de Constantino a mis pies, el Tíber y una ciudad profanada por los tiempos modernos. Todo llamó mi atención, pero de manera vaga y transitoria. A partir de ese momento el Coliseo fue mí mundo y mi morada eterna. Es verdad que la curiosidad y el azar me alejaron del lugar por el momento...; pero mi ausencia será breve pues mi corazón sigue allí. Regresaré y en aquel recinto sagrado lanzaré antes de morir, mi última llamada a los romanos y a la Libertad.”

“Estaba resignado a la caída de Roma, a la desaparición de sus cónsules y triunfos y a la destrucción de los templos de su Capitolio. Sin embargo, el Coliseo había mitigado esos sentimientos cuya intensidad me habrían aniquilado. La ira, la desesperanza y toda la pasión humana se desvanecieron en mi alma. Me dediqué a peregrinar durante algunos años en un mundo, del cual soy un indiferente espectador. Huyo de los despojos de una Roma fenecida, espantosos como los de la vida humana. Es sólo en el Coliseo donde reconozco la grandeza de mi país, el último asilo que tiene valor para un antiguo romano.”

“De imprevisto, estos sentimientos tan terribles para una mente solitaria produjeron un nuevo cambio en mi corazón. Recordé vívidamente, como si fuera ayer, todos los espectáculos que había presenciado en la antigua Roma. Sentado bajo uno de los arcos del edificio con mi rostro oculto entre mis manos, volví a vivir en mi ensoñación la última vez vi la luz del día. Había dejado a los cónsules en pleno disfrute de poder. Unos años antes, desgarrado por Mario y Sila y careciendo del apoyo de la virtud de una mano protectora, Roma parecía al borde de ser sojuzgada. Pero durante mis días

había emergido un nuevo espíritu. Los hombres otra vez se sentían vivificados por la llama sagrada que ardía en las almas de Camilo y Fabricio y me llenó de gozo ser amigo de Cicerón, Catón y Lúculo. Los más jóvenes, los hijos de mis amigos, Bruto y Casio, se alzaban con la promesa de igual virtud. Al morir, estaba poseído por una fuerte convicción. Así como la filosofía y las letras se hallaban unidas a una virtud sin igual en la tierra; Roma se acercaba a una perfección en la cual no existía la decadencia y que, aunque los hombres aún sentían miedo, se trataba de un temor sano que los impulsaba a la acción y al triunfo asegurado del Bien.”

“Cuando desperté, Roma ya no existía. Aquella luz que yo había saludado como heraldo de la perfección se convirtió en la antorcha que añadió boato a su funeral... y aquellos hombres cuyas almas eran como templos de perfección, fueron las víctimas inmoladas en su pira fúnebre. Oh, jamás una nación tuvo una muerte semejante, con asesinos que celebraban pavorosos juegos alrededor de su sepulcro, que casi destruyen a medio mundo. No se trataba de los combates de gladiadores y bestias, sino de la feroz contienda de las pasiones encontradas, la guerra de millones.”

“Pero todo ha terminado. El regocijo del tirano se ha desvanecido. El monumento de Roma, tan espléndido a través de las edades y adornado por los saqueos a otros reinos, ahora se halla degradado a polvo. Algunas columnas y arcos dispersos viven para contar cuál fue su emplazamiento, pero su pueblo está muerto. Los extraños que la poseen han perdido todas las características de los romanos, han abandonado su sagrada religión. La Roma moderna es la Capital del Cristianismo y ese título es la corona que se yergue sobre toda mi desesperación.”

“Sin embargo, no encuentro palabras para describir el colosal cambio operado en el mundo, sé que por el lento transcurrir de muchas edades; pero que apareció ante mí, por mi singular situación, como el trabajo de unos pocos días. No puedo recordar la agonía de esos momentos sin temblar. No fue un devenir de pensamientos amargos, no fue la desesperanza que carcomió mis nervios sin mostrar signos exteriores, no fue el primer aguijón de dolor por la pérdida de los que amamos. Fue un atroz incendio como los que envuelven a bosques y ciudades en sus llamas, fue una descomunal avalancha que arrastra árboles, rocas y cambia el curso de los ríos, fue un terremoto que sacude las aguas del mar y derriba montañas y amenaza con mostrar a los ojos humanos los misterios interiores de la tierra. ¡Oh, fue más que todo eso! ¡Más de lo que las palabras pueden expresar o una pintura retratar!”

El extraño detuvo su narración y sobrevino un prolongado silencio. Tenía la mirada fija en las aguas muertas que reposaban frente a él, mientras su acompañante le observaba con expresión asombrada y emocionada. Una ligera brisa pasó sobre el mar y lo agitó; su crujiente presencia se oyó entre los árboles. Un cambio ínfimo se produjo en el romano, que despertó de su ensoñación y continuó:

“Un año había pasado desde que me instalé en el Coliseo. Los oscuros arbustos parecían más negros bajo la gélida luz de la luna y los arcos caídos yacían en quietud y belleza. En la noche inmóvil y silenciosa ningún sonido llegaba desde la ciudad... hasta que lentamente la luna descendió para que la luz del día comenzara a insinuarse. Los murmullos de la vida comenzaron a escucharse y mis propios pensamientos, que

durante la noche sólo removían recuerdos, se despabilaron hacia la mezquina y degradada realidad. Analicé mi situación, pues anhelaba tener algún plan para mi nueva vida. Me desagradaba mi compañero sacerdote, pues durante mi breve retorno a la tierra había desarrollado aversión hacia esta clase de hombres. Me fastidiaba la superstición católica y no deseaba tener contacto alguno con sus ministros y sirvientes. Las joyas y el dinero que poseía eran suficientes para mi sustento, pero necesitaba desterrar la sumisión en la que su presencia parecía colocarme. Aunque me hallaba en mi Roma natal, era para mí una ciudad ajena con costumbres extrañas. Apenas entendía su lengua y el recuerdo de pasado sólo me induciría a cometer ridículos errores. Fue entonces cuando intervino una especie de deidad y enviando a mi buen genio a cuidar de mí, me sacó de mis dificultades.”

“Estaba sentado bajo los ruinosos arcos del lado sur cuando la vi acercarse, conduciendo a su hijo de la mano. Se ubicó junto a mí y luego de una pausa de unos pocos segundos, me habló en italiano:

-Perdone si le interrumpo. He visto al padre Giuseppe y sé quién es usted. No es feliz y ha sido arrojado a nuestro mundo moderno sin amigos ni conocidos. ¿Permitirá que le ofrezca mi amistad?”

“Quedé confuso por esas palabras dirigidas a mí por una hermosa joven que era una perfecta extraña y me detuve antes de poder contestar a un ofrecimiento tan amable pero tan inusual, entonces ella prosiguió:”

“-Considéreme, se lo suplico, como una vieja conocida... no una italiana moderna, pues no lo soy, sino como una de tantas extranjeras que su ciudad atraía. Vengo de un país lejano y no estoy versada en su idioma y sus leyes. Usted tendrá que enseñarme todo lo que fue grande y valioso en sus días y yo le enseñaré los hábitos y costumbres de los nuestros. Así me habló y con su dulce sonrisa y suave elocuencia se ganó mi completa confianza.”

“-Me considerará su hija, me dijo, si una mujer escocesa puede pretender tal honor. Vengo de la Última Thule descubierta por César, pero desconocida en sus días. Estoy casada con un inglés bastante mayor que yo, pero que siente placer en cultivar mi mente. Venga conmigo a nuestra casa donde será cuidado y honrado y trataremos de mitigar los agujonazos que debe infligirle el caído estado de su país.”

“La seguí hasta su casa y desde aquel día nació nuestra la amistad, que representa mi única esperanza y bienestar en esta vida. Si al regresar a la tierra mis afectos jamás hubieran sido despertados, no habría sobrevivido. Pero Isabel ha suavizado mi desesperación y cuidado con angelical amor todas las heridas de mi corazón. No puedo decirle todo lo que la amo... cuán querido es para mí el sonido de su voz. Cicerón no amó a su Tulia como yo amo a esta criatura. Usted no puede imaginar ni un atisbo siquiera de sus virtudes ni de su sabiduría. Posee un corazón franco y tierno que conquista mi alma y la une a la suya de una forma que jamás había experimentado en mi vida anterior. Ella representa Patria, Amigos... todo, todo lo que he perdido.”

“Ya he cumplido mi promesa de contarle mis primeras sensaciones al despertar a la vida. No necesito realizar una narración formal de lo que he aprendido desde entonces. En nuestro planeado viaje dispondremos de frecuentes oportunidades para conversar y

discutir. Usted ha creado en mí el deseo de ver su país y mañana embarcaremos. Dejo Roma -el Coliseo y a Isabel-, tal es mi inquieta naturaleza. Quiero, antes de volver a morir, examinar las alardeadas mejoras de los tiempos modernos y juzgar si, después de la gran vacilación en los asuntos humanos, el hombre se encuentra más próximo a la perfección que en mis días.”

El sol estaba ocultándose y los amigos se incorporaron para retornar al bote. Cuando remaban de regreso a Nápoles, un cielo anaranjado ardía sobre las aguas, mientras el cabo Miseno y las islas delineaban su negra silueta en el horizonte. La luna apareció por el otro lado de la bahía y su luz argentina competía con los resplandecientes colores del crepúsculo italiano. La noche avanzó y las luces de los botes pesqueros titilaron en el mar, mientras uno o dos barcos grandes pasaron como enormes sombras entre los paseantes y la luna. El brillante espectáculo de la puesta del sol y la pálida luz de la luna invitaban a la contemplación impidiendo a las palabras perturbar la magia del escenario. Quizá el viejo romano pensó en los días que pasara en Baiae, cuando el eterno sol se había puesto como lo hacía ahora y él vivía en otros días con otros hombres.

Cuando hube sacado a mi singular amigo de la soledad del Coliseo, con el consentimiento de Lord Harley, lo instalé en un cuarto de nuestra casa. Al principio se aisló de la sociedad y sufrió una gran depresión al punto que su salud se vio afectada. Entendí que debía interesar sus sentimientos y esforzarme por cualquier medio para arrancarle de la apatía en la que estaba sumido. Miraba todo lo que le rodeaba como un espectáculo que no le concernía, pues era un ser aislado del mundo. Los lazos que lo unían a él habían sido rotos en edades pretéritas y a menos que pudiera enlazar alguno de ellos, pronto perecería. Quise que visitara algunas de las ruinas que hablan de la antigua grandeza de Roma. Vacilé por un tiempo en su elección, pues las más imponentes habían sido erigidas después de su muerte; sin embargo intuí que al estar situadas en lugares familiares a su recuerdo, le proporcionarían cierta curiosidad. Yo misma disfruté visitando los baños de Antonino, cuyos vastos montículos de muros y torres destrozados, recubiertos con hiedra y hermosos arbustos, parecen más el paisaje natural de una montaña que cualquier otra obra creada por manos humanas. Decidí llevarlo a esas nobles ruinas.

Fui a verle y llevé la conversación a su pasada muerte y le dije:

“-Tuvo suerte al morir antes de la caída de Roma y no ver su degradación bajo los emperadores. Esos emperadores, que usurparon el poder y la gloria de la república, disfrutaron de un dominio e ingresos desconocidos en tiempos anteriores o posteriores. Delirantes y desmedidos fueron los actos y errores de estos hombres omnipotentes. Sus enemigos no podían huir de ellos. Aplastaron a millones. Pocos emplearon su poder para usos benéficos, pero los más perversos lo despilfarraron en lujos y magnificencia. Han dejado tras de sí monumentos maravillosos, pero no puedo contemplar esas maravillas como actos de grandeza imperial.”

“Son los efectos, aunque ejecutados por manos impropias, de la virtud y el poder de la república. Cuando las visito, las admiro como obras concebidas y modificadas por Camilo, Fabricio y los Escipiones pero veo a Caracalla o a Nerón o incluso a los más

virtuosos como Tito y Adriano, como simples trabajadores. Cuando visito el Coliseo, no pienso en Vespasiano que lo construyó o en la sangre de los gladiadores y animales que lo contaminaron, sino que venero el espíritu de la antigua Roma y de aquellos nobles héroes, que liberaron a su país de los bárbaros y que han iluminado al mundo con su milagrosa virtud. Le oí expresar desagrado al contemplar las obras de los opresores de Roma, pero visítelas conmigo con este espíritu y descubrirá que le impactarán con ese temor reverencial que el poder, adquirido y acompañado con vicio, jamás puede brindar.”

Se dejó convencer, pasamos bajo el Capitolio y por la parte posterior del Monte Palatino caminando hacia los baños. El principal emplazamiento de la antigua Roma está vacío y visitamos el Foro y las más populosas colinas de Roma a través de senderos herbosos por donde poca gente suele transitar. Esto es una suerte; las ruinas perderían la mitad de su belleza si estuvieran rodeadas por edificios modernos y sólo tenemos que lamentar que el Capitolio no haya sido descuidado, como el Monte Palatino y el Monte Caelius. No puedo decir cuáles eran los sentimientos de Valerio; aunque sus emociones eran intensas seguía en silencio alzando los ojos al cielo. En una ocasión dijo:

“-Me gusta mirar el cielo, porque es lo único que no ha cambiado.”

Entramos en los baños y luego de visitar todas las estancias, subimos por la agrietada escalera hasta llegar encima de los inmensos arcos y muros que desde allí, semejan campos, valles y colinas. Estábamos rodeados por arbustos fragantes, que por su altura a los lados del sendero le otorgaban a las ruinas una aparente mayor extensión. A veces, la parte superior de un contrafuerte se extiende hacia un campo con flores hermosas. Subiendo por un arduo sendero, llegamos a la cima de una torreta y vimos a Roma con los recodos del Tíber a poca distancia de nosotros. De todos los lugares de Roma, éste es en el que más gozo: la belleza y fragancia de la Naturaleza se conjuga con la idea más sublime del poder humano; excitando un interés y sentimiento que penetra profundamente en mi corazón.

Nos sentamos en la cima y busqué en sus ojos alguna expresión de maravilla y júbilo como las que me embargaban, pero estaban inundados de lágrimas.

“-Me trae aquí -dijo- para contemplar las obras de los romanos, y sólo observo destrucción. Qué multitud de hermosos templos convertidos en polvo. Mis ojos vagan por las siete colinas y toda su gloria desvanecida está allí. Cuando las columnas de su Foro se quiebran, ¿Qué podrá sobrevivir en Roma? El Capitolio, menos feliz que el resto de las colinas, que han retornado a la soledad de la Naturaleza, se encuentra profanado por edificios modernos. Estas ruinas son grandiosas, pero qué historia desgraciada cuentan. Los baños, con toda su magnificencia, no existían en mi época, sino cientos de años después de cuando había olvidado el mundo. Sin embargo, sus techos se han desplomado y los suelos desaparecido; invadidos de hierbas y arbustos, destrozados pero todavía erguidos y ésa es la inmortalidad de Roma. Los muros de Roma siguen en pie y describen un círculo inmenso: la ciudad moderna se halla entre las ruinas de la antigua. Los extraños la visitan y se maravillan ante la inmensidad de sus restos. Pero todo me parece vacío. Los templos antiguos donde veneré a Quirino y

a los protectores de lo que entonces llamaban la ciudad inmortal... ¡Ay, por qué despierto a la realidad!”

“Usted anima –contesté- las ideas más dolorosas. Roma ha caído, pero sigue siendo venerada. Es una visión singular e incluso hermosa observar el cuidado y las fatigas con que sus degenerados hijos mantienen sus reliquias. Todo el mundo la visita con entusiasmo y la deja con amargo pesar. Todo parece consagrado dentro de sus muros. Cuando un extranjero reside dentro de sus límites, siente como si habitara en un templo sagrado... sagrado aunque profanado. Indignación, compasión y admiración se conjugan con sensaciones que suavizan el corazón, que ni siquiera con la edad y la aflicción se pueden olvidar. Siento que, si de mí se apoderara la desgracia más grande, el recuerdo de haber vivido en Roma sería mi consuelo. Si un hombre de la era de Pericles hubiera de volver a Atenas ¿Cuánto más motivo tendrá para lamentar su caída que usted por el envejecimiento y descomposición de Roma?”

Como deseaba interesar los sentimientos de Valerio, más que mostrarle las ruinas de su país y despertar con ello la sensación de que aún estaba ligado al mundo; elegí lo que a mi entender que era lo más perfecto y pintoresco. Aún no había visto el Panteón. No quería llevarlo ese día, pues suponía que su transformación en una iglesia católica -circunstancia que con toda probabilidad lo había preservado-; le provocaría un gran disgusto. Esperé que la luna creciente iluminara desde el cenit el óculo de su cúpula y una noche, sin decirle adonde íbamos, lo llevé. Rodeamos el edificio hasta una puerta trasera que estaba abierta, donde un hombre nos iluminó unas descuidadas y estrechas escaleras y al bajar le dije:

“-Ahora verá un templo levantado poco después de su época y dedicado a todos los dioses-.”

Quizás esperaba encontrar una ruina, pero ingresamos al templo más hermoso que todavía existe en el mundo. La argentina luna resplandecía vertical sobre el óculo del techo iluminando la cúpula y el sendero... mientras algunas estrellas titilaban a su lado y las columnas reflejaban su pálida luz a nuestro alrededor. El espíritu de la belleza parecía iluminar sus vástagos favoritos e invadir todo -incluso la mente humana- con una suave pero ardiente gloria. Al contemplar esta escena, su humana admiración no se mezclaba con la profunda emoción que inspiraba y parecía disfrutar del dios presente. Si el trabajo era humano, la gloria procedía de la Naturaleza y ésta proyectaba toda su belleza sobre el templo divino. El cielo oscuro, la luna resplandeciente y las estrellas parpadeantes lo cubrían por encima y la luz bella lo inundaba por dentro. ¿Es acaso una quimera traducir en palabras estos pensamientos? ¿Existe tal vez un sentimiento imbuido por la belleza que acaricia el corazón con llama ansiosa y gentil e inspira virtud y amor y cuya intensidad es inexpresable? Ambos guardamos silencio. Recorrimos el templo y luego nos sentamos en los escalones de un altar, para permanecer en serena contemplación. Aquí percibimos la existencia del Amor Panteico que impregna la Naturaleza... y una fuerte simpatía con la belleza -si se permite tal expresión-, único sentimiento que anima el alma. Por último, cuando nos incorporábamos para irnos, Valerio dijo:

-¿Por qué me cuentan que todo ha cambiado? ¿Es que este templo no está consagrado a nuestro dios?-

No sé por qué señalé una cruz erigida sobre un altar iluminado por una tea solitaria. No debí haberlo hecho, pues con ello arruiné un momento de pura felicidad. La cruz no alteró mis sentimientos, pero sí los de mi acompañante. La fruta bella de contemplar se había convertido en polvo. La cruz le develó un cambio tan grande e intolerable, que esa circunstancia destruyó todo el amor y el placer que había surgido de su corazón. En vano intenté devolverle el profundo sentimiento de belleza y temor sagrado que lo había inspirado hasta ese instante. El hechizo se había quebrado. La cúpula iluminada por la luna, el sendero resplandeciente, las débiles hileras de columnas y el oscuro cielo habían perdido toda santidad para él. Se apresuró a abandonar el templo.

Quise despertar su deseo de conocer lo grande y bueno que había existido en su país luego de su muerte. Desconocía a Virgilio, Horacio, Ovidio... a Livio, Tácito o Séneca. Tendrá usted oportunidad de conversar con él y podrá contarle mejor que yo, qué sentimientos despertaron estas pláticas en su mente. Solíamos visitar un rincón sombrío del Coliseo, al que había que trepar con dificultad y a donde pocos querrían seguirnos; o los muros de los baños de Caracalla; o con más frecuencia la tumba de Cestio, ese hermoso lugar donde la muerte parece disfrutar de la luz y de la azul profundidad del cielo... leíamos juntos y discutíamos lo que leíamos... discusiones que eran eternas. El sol de Roma brillaba sobre nosotros inundando la escena con belleza y felicidad.

Mi corazón se alegraba y me esforzaba por despertar sentimientos similares en el pecho de mi acompañante. Leíamos a los Geórgicos y estas lecturas me llenaban de un júbilo como jamás creí que pudieran conferir. Era un placer tóxico que sólo este bello clima y la jovial poesía que inspira puede dar y que, en una atmósfera brumosa -estoy convencida-, jamás habría sentido. Después de leer, visitábamos algunas de las galerías de Roma. Las horas de estudio de Lord Hashley por entonces habían finalizado y él siempre nos acompañaba.

La visión en Roma de las exquisitas estatuas y pinturas continuaba y aumentaba esta sensación de júbilo. ¿Simpatizaba Valerio conmigo? ¡Ay!, no. Había un tinte melancólico en sus pensamientos, una tristeza en su semblante que el sol de Roma y los versos de Virgilio eran incapaces de disipar. Él sentía con intensidad, pero con poco placer. Percibí una sensación inexplicable de que mi acompañante no era un ser de la tierra. A menudo me detenía con ansiedad para ver si respiraba como yo, o si proyectaba sombra a sus pies. Su aspecto era vital, pero pertenecía a los muertos. No creía tener miedo o terror, le amaba y reverenciaba.

Estaba cálidamente interesada en su felicidad, pero en mis emociones se insinuaba un pavor sobrenatural que no puedo llamarlo terror, aunque tenía algo sutilmente cercano con esa sensación repulsiva; un sentimiento que no puedo describir y que comenzaba a dominar mis cavilaciones y de manera extraña determinaba mi charla con él. A menudo, cuando me entregaba a mis libres divagaciones y encontraba sus ojos brillantes y plácidos llenos de serena simpatía, me detenía. Cuando apoyaba su mano en la mía me paralizaba y mi corazón palpitaba con una especie de agitación

involuntaria, hasta que rompía el contacto. No obstante, todo era sutil y apenas me daba cuenta de ello, sin poder mermar mi amor e interés por él. Tal vez, si pudiera conocer la verdad, mi afecto se vería incrementado y espontáneamente, me afanaría por remover con interés y simpatía intelectual, la barrera terrenal que parecía situada entre nosotros. (Mary Shelley-Traducido por SMD)